

te custodio, orador famoso y además de reconocida lealtad a la monarquía) para convencer a sus hermanos de religión y a los hombres del pueblo de la necesidad de permanecer fieles al rey y al regente. Habría por ello viajado a los lugares donde existía mayor conflictividad y, de esta manera, pudo presenciar los acontecimientos que refiere en sus obras. Todo ello explicaría que Guevara se encontrase en tantos lugares en tan corto espacio de tiempo, como asimismo sus continuos desplazamientos y el haber asistido personalmente a las diferentes fases de la revolución. Así parece confirmarlo el hecho de que nuestro franciscano, según propia confesión, predicase (en Avila, por ejemplo) *contra* la comunidad.

Como quiera que esto fuese, las posiciones de los dos bandos se endurecieron progresivamente, a pesar de diversas tentativas de avenencia. El ejército rebelde se encontraba, a finales de noviembre de 1520, en Villabrágima, en las proximidades de Medina de Rioseco (donde se juntaban los refuerzos de las tropas realistas). Es entonces cuando se produce la intervención de fray Antonio de Guevara para intentar un arreglo pacífico entre los dos partidos contendientes. Según confiesa nuestro autor, él habría sido comisionado por los gobernadores reales que se encontraban en Medina para marchar a Villabrágima y ofrecer alternativas de paz al ejército comunero. Allí fray Antonio habría pronunciado un discurso (el famoso razonamiento) ante los jefes militares rebeldes, aunque sin obtener los resultados esperados. No obstante, nuestro autor se vanagloria de haber provocado la defección de don Pedro Girón, jefe del ejército sublevado, hecho que se produjo inmediatamente después de la embajada de Guevara a Villabrágima.

Hasta principios del siglo XX se aceptó sin discusión la efectiva participación de fray Antonio en los sucesos de Villabrágima. A partir de entonces, sin embargo, la crítica se ha dividido, aunque con mayor propensión a negar la intervención de nuestro autor en aquellos hechos. Sin embargo, con todas las cautelas que se quiera, Augustín Redondo se inclina a admitir, pues existen fundadas razones para pensar así, que Guevara jugó en Villabrágima un efectivo papel mediador (aunque posteriormente el autor haya abultado la importancia del episodio) y que debió influir también en el cambio de actitud de don Pedro Girón. El profesor Redondo piensa que probablemente existieron acuerdos secretos entre el almirante de Castilla (uno de los gobernadores imperiales) y el jefe del ejército comunero, porque resulta sumamente sospechoso que, a partir de entonces, todos los movimientos militares comandados por don Pedro Girón constituyeron un continuo error que perjudicó decisivamente a los rebeldes. Por lo demás,

si don Pedro Girón y el almirante negociaron en Villabrágima, ¿qué tiene de extraño que fray Antonio, a la vez pariente de don Pedro y fiel a la causa realista, actuara como intermediario del acuerdo?

LA CARRERA OFICIAL DE GUEVARA: LAS ETAPAS DE SU ASCENSION

1. *Guevara, predicador. Del arte de la predicación al estilo de las obras literarias.*

Tras su primer nombramiento (que quedó sin efecto práctico), en 1521, fray Antonio fue confirmado por Carlos V en el puesto de predicador imperial, el 22 de agosto de 1523. Fue el propio monarca quien, aprovechando la estancia en Valladolid del general de la Orden, fray Francisco de los Angeles, le pidió disponer de Guevara para su servicio. Sin duda el rey conocía ya las virtudes del franciscano y, queriendo recompensar los servicios prestados a la corona, pensó poner a prueba el talento de orador sagrado que, a buen seguro, se tenía ya de nuestro autor, para lo cual lo nombró predicador ante la corte, con un salario anual de 60.000 maravedíes. Aparte del nada despreciable emolumento y de la posibilidad de vivir en el regalado ambiente cortesano, el cargo proporcionaba a los predicadores reales la probable obtención de algún beneficio eclesiástico, como así ocurrió en numerosas ocasiones (y, particularmente, con nuestro autor). Por otro lado, la importancia de los predicadores podía ser extraordinaria si lograban, como fue el caso de Guevara, influir en las decisiones y en la orientación de la política imperial. Entre los predicadores de la corte, que normalmente eran bastante numerosos, destacaron especialmente en el tiempo de Carlos V, fray Dionisio Vázquez, fray Alonso de Virués y fray Antonio de Guevara.

Llegado a este punto, cabría preguntarse si fray Antonio recibió una preparación retórica específica; aunque él no nos informa sobre el particular, cabe la posibilidad de que, junto con otras disciplinas, siguiese las explicaciones de retórica que, a la sazón, estaba conociendo un nuevo resurgir. Agustín Redondo establece el marco ambiental en el que se aprendía la retórica en aquella época, cuya influencia hubo de recoger necesariamente nuestro predicador áulico. La oratoria que practicó fray Antonio fue una oratoria sagrada; teniendo en cuenta que la Orden franciscana intentaba llevar el mensaje cristiano al pueblo llano, desde un principio se adoptó la predicación en lengua vulgar y se rechazaron determinados procedimientos

retóricos que sólo eran adecuados para un público instruido. Hoy nos resulta difícil llegar a comprender con exactitud cómo fue aquella oratoria sacra de destino popular, ya que los tratados conservados se refieren solamente a una oratoria culta, propia de universitarios y clérigos. Nuestro autor debió aprender la retórica en los manuales al uso, conocidos con el nombre genérico de *Artes praedicandi* (que, dicho sea de paso, no habían evolucionado nada a lo largo de la Edad Media y recogían en gran parte la retórica de la Antigüedad). Siguiendo el contenido de dichos tratados, Agustín Redondo pasa revista a las distintas fases en la composición de un sermón por aquella época.

Los sermones que Guevara nos ha transmitido en sus obras no son los que efectivamente pronunció ante un auditorio popular, sino aquellos otros que dirigió a sus hermanos de la Orden o a los cultivados cortesanos. Escasos son los sermones que fray Antonio nos ha dejado de su primera época (mientras residió en el convento); alguna mayor información nos queda, sin embargo, de su época de predicador real. De la oratoria popular, que también debió ejercer, no tenemos ningún rastro. Fue Guevara, según dejan entender todos los indicios, un predicador serio, consciente de la trascendencia de su ministerio y reprendedor de los vicios de la corte; pero nunca, estima Agustín Redondo, en contra del criterio de Francisco Márquez Villanueva (3), un orador charlatán y ramplón. Las acusaciones de predicador parlero o de predicador largo, que en su época se le hicieron, se refieren a que el celo ministerial y su natural elocuencia, siempre admirada por el auditorio, le llevaban muchas veces a excederse en sus alocuciones de los límites acostumbrados.

Sólo poseemos un escaso número de sermones, insertos por el propio Guevara en sus *Epístolas familiares*. En total, veintitrés piezas oratorias (contando aquellas que el autor reproduce parcialmente o de forma condensada), que pueden separarse en dos grupos: los

(3) Francisco Márquez Villanueva: «Fray Antonio de Guevara o la ascética novelada», en *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Madrid, Alfaguara, 1968, pp. 15-66. Márquez Villanueva acusa a Guevara de mezclar ficción literaria y realidad personal, todo ello en provecho propio, y estima que el franciscano, valiéndose de una falsa apariencia de moralista grave y ascético predicador, dispersa libremente su capacidad artística, produciendo una serie de obras, cuyo éxito de público demostraba la altura que alcanzó su talento creador. O, por decirlo con las propias palabras del profesor Márquez: «Semejante justiprecio nos obligará desde el principio a buscar el valor de Guevara en la dirección de un puro artista sin compromisos. No nos duela la prenda de reconocer que no fue ni siquiera un moralista, pues, como veremos, tampoco le hizo falta para ser el autor más leído de todo el siglo XVI y para sobrecogernos hoy con la magnitud y frescura de su genio creador» (p. 20). Tales principios seguían siendo mantenidos por Márquez Villanueva en 1973, al menos, ya que en dicho año tuvimos la fortuna de asistirle a un curso que, sobre estos temas, impartió, como profesor visitante, en la Universidad de Sevilla.

discursos dirigidos a sus hermanos de religión en el convento y los pronunciados en la corte; todos ellos, pues, destinados a un público escogido. Estos sermones fueron redactados por Guevara después de haberlos pronunciado, siguiendo el esquema que debía emplear para la exposición en público. Quiere decir esto que los sermones conservados fueron retocados o modificados, según los casos, por el autor y que hoy resulta imposible conocer originariamente la elocuencia de fray Antonio.

Encuentra Agustín Redondo en los sermones guevarlanos la permanencia de diversos procedimientos (perceptibles asimismo en la oratoria sacra de los predicadores contemporáneos de nuestro autor, forjados todos ellos en las *Artes praedicandi*), que eran utilizados también en los ejercicios escolares, porque es a partir de la misma tradición gramatical y retórica que sermones y ejercicios escolares fueron concebidos. Sin embargo, una técnica bastante flexible, un empleo más infrecuente que en tiempos anteriores de la alegoría complicada, la exclusión de toda forma deleznable de *exemplum*, un contenido doctrinal que, por diversos aspectos, muestra que nuestro autor no era insensible a ciertas formas de espiritualidad moderna, a ciertas ideas características de su tiempo, permiten afirmar que Guevara se alejó de la predicación a la antigua usanza.

Lo que caracteriza el estilo de Guevara es, fundamentalmente, un dualismo omnipresente, cuya forma predilecta es la antítesis, reforzada por las repeticiones y las acumulaciones, por el empleo de la paronomasia y, sobre todo, de la consonancia; de donde se produce un haz de correspondencias equilibradas que dan lugar a una fluctuación y a un ritmo esencialmente a dos tiempos. La estructura binaria del lenguaje guevariano se apoya sobre la sentencia, omnipresente también, y sobre la generalización de una idea, con cuyo procedimiento se pretende inculcar en el auditorio las verdades morales que deben guiar los pasos del cristiano por este mundo pervertido (en contraste con el otro mundo, al que sólo accederán los elegidos). El de Guevara es el estilo de un predicador y de un moralista cristiano. Por otra parte, las características apuntadas en sus discursos pueden hacerse extensivas a toda su obra, porque las notas estilísticas fundamentales de sus sermones son también las mismas que las de sus libros. Acaba el profesor Redondo haciendo una recapitulación crítica de los diversos estudios sobre el estilo de Guevara (con atención especial a María Rosa Lida de Malkiel, Ramón Menéndez Pidal, Leo Spitzer y Américo Castro) y un análisis de la influencia que el ambiente cortesano pudo tener en un reforzamiento del retoricismo de su prosa (es-